

LA CONSTITUCIÓN DEL ENCICLOPEDIISMO MODERNO: DE LA ILUSTRACIÓN AL HIPERTEXTO

JOSÉ ANTONIO CORDÓN GARCÍA

Universidad de Salamanca

Facultad de Traducción y Documentación

1. LA CONSTITUCIÓN DEL ENCICLOPEDIISMO MODERNO

En una novela aparecida en 1989, galardonada con el premio nacional de la crítica (*Juegos de la Edad tardía*, de Luis Landero), comenta el protagonista los tres libros que, como regalo, recibe de su tío: un diccionario, un atlas y una enciclopedia, de la que opina «este es el más extraordinario de los tres, porque trae por orden alfabético, todos los conocimientos de la humanidad, desde sus orígenes hasta hoy»¹.

Traigo a colación esta cita porque en ella se cifra lo que podemos considerar la percepción más generalmente aceptada con respecto a la enciclopedia, esto es una suma de conocimientos, dispuestos en orden alfabético, que contiene el conjunto del saber acumulado por la humanidad en un momento dado de su historia. Concepción que podemos ver pregonada por Diderot quien consideraba que el objeto de toda enciclopedia era reunir los conocimientos dispersos por la faz de la tierra, también por Guizot quien poco más tarde la define como un vasto bazar intelectual o, posteriormente, por Louis Noelle Malcles, para quien la enciclopedia constituye una obra de síntesis, que informa de los conocimientos adquiridos por la humanidad en un momento de su historia, siendo pues para esta autora el inventario de la civilización en un momento dado².

Sin embargo, no todos conciben la enciclopedia en términos tan ideales. Etiemble, por ejemplo, habla de las mismas como simples cajones de sastre, Roland Barthes, expresa su sospecha de que constituyan una tram-

¹ LANDERO, LUIS: *Juegos de la edad tardía*. Barcelona, Tusquets, 1989, p. 25.

² MALCLES, L. N.: *Manuel de bibliographie*. 4eme ed. rev. et augm. par andrée Lheritier. Paris, Presses Universitaires de France, 1984, p. 173.

pa poética, cuando no un delirio cultural³. A pesar de ello podemos afirmar que en la conciencia colectiva, en la mente del público lector en general, existe una cierta avenencia en la consideración y aceptación del concepto antes mencionado.

Incluso podemos rastrear esta pretensión omnicompreensiva, y también omnisciente, de la enciclopedia en la propia terminología empleada para denominar las obras enciclopédicas en momentos en el que vocablo como tal aún no había sido utilizado, denominaciones que encierran un sentido metafórico evidente, ligado con el de riqueza acumulada, como ocurre con el *Libre du tressor* (1262-1268) de Brunetto Latini, con el de imagen del mundo, como en el *Speculum Maius* de Vicent de Beauvois (s. XIII), (obra en la que su autor expresa su pretensión de mostrar el mundo tal y como es, o como debería ser) igual dialéctica encontramos en la imagen de la puerta: *Janua Liguarum* de Comenius (s. XVI-XVII), o de la llave: *Clavis Universalis* de Lavinheta⁴.

Pero la actual configuración de las enciclopedias constituidas por un conjunto de volúmenes en una disposición generalmente alfabética, elaboradas por equipos de especialistas, con abundante aparato bibliográfico e ilustraciones, imbricadas orgánicamente por una red de referencias e índices, tienen una antigüedad de apenas 200 años, representado la *Cyclopaedia* de Chambers y la *Encyclopédie* de Diderot y d'Alembert, inspirada inicialmente en aquella, los hitos divisorios en el género.

Se produce el paso, en expresión de Rey⁵, de una exposición global más o menos teológica a un programa didáctico más sistemático, originándose un punto de inflexión que, al mismo tiempo, suponía una ruptura con respecto a la fijación etimológica del término: Ciclos-Paideia: educación en círculo que, curiosamente, todavía es posible detectar en nuestros días⁶.

³ Citados por REY, ALAIN: *Enciclopedias y diccionarios*. Mexico, Fondo de Cultura Económica, 1988, p. 4.

⁴ *Ibid.*, p. 23-25.

⁵ REY, ALAIN: *Op. cit.*, p. 130.

⁶ Durante la posguerra española se denominó como «Enciclopedias» a obras cuyos contenidos respondían a esta concepción etimológica de educación circular, y que eran empleadas para la educación primaria y secundaria. Una evocación de las mismas la podemos encontrar en la obra de Vázquez Montalbán, *Autobiografía del General Franco*, en la que pone en boca del dictador las siguientes palabras: «Los libros serios que verdaderamente nos transmitían conocimientos fundamentales para futuros desarrollos eran sobre todo las enciclopedias, de primer grado, de grado medio y de grado superior.» Vázquez Montalbán, Manuel. *Autobiografía del General Franco*. Barcelona, Planeta, 1992, p. 70. Una ilustración de las mismas y continuas alusiones a las enseñanzas en ellas contenidas la ofrece en su obra Sopena Monsalve, Andrés: *El florido pensil: memoria de la escuela nacionalcatólica*. Barcelona, Crítica, 1994. También podemos rastrear esta concepción en la introduc-

Pero la era moderna de la enciclopedia se inaugura con Ephraim Chambers. Su obra alcanzó un considerable éxito, de lo que es un ejemplo su traducción a numerosos idiomas, entre ellos el francés, traducción que aunque no llegó a ver la luz constituyó el punto de partida de la *Encyclopedie* de Diderot y d'Alembert.

Como indica Soboul⁷ lo que en Inglaterra no fue más que un negocio editorial, en Francia se convirtió, en manos de los filósofos en una obra revolucionaria. La empresa que se organiza en torno a Diderot no es solamente filosófica sino eminentemente científica y fundamentalmente política provocadora de una remoción que altera radicalmente las prácticas académicas vigentes en las instituciones eruditas entonces existentes. Se trata, en muchos de sus desarrollos de un discurso combativo, polémico, incluso provocador donde los pasajes más fuertes se hallan camuflados, disimulados, por la disposición fragmentada, indicados mediante el juego de referencias que, como señala Pierre Retat⁸, utiliza Diderot para propinar los golpes más fuertes en los pasajes más oscuros.

La propia historia de la empresa, desde su concepción en 1745, hasta su culminación con la publicación de los últimos volúmenes de láminas en 1772, está plagada de incidentes, de rupturas, de enfrentamientos institucionales, persecuciones políticas y religiosas; conflictos entre los redactores, dificultades fácticas a veces tomadas a burla por los propios protagonistas, como ocurre con el problema que relata d'Alembert para encontrar articulistas que se encargarán de los temas de Teología, del primer al último volumen. Al respecto comenta a Voltaire, refiriéndose a uno de estos: «es el cuarto teólogo al que hemos recurrido desde el comienzo de la enciclopedia. El primero fue excomulgado, el segundo expatriado y el tercero ha muerto»⁹.

Desde el momento en que se le confía el proyecto de la enciclopedia a Diderot este se transforma completamente. Lo que habría de ser una mera traducción de la obra de Chambers se convierte en un proyecto radicalmente distinto.

La transformación propiciada por Diderot y d'Alembert no afectó sólo en términos cuantitativos al proyecto editorial, la obra de Chambers con-

ción que Jesús Ibáñez realiza para la Terminología Científico-Social que dirige Román Reyes, inventado incluso un nuevo verbo a partir del término comentado: «La obra en su conjunto constituye una enciclopedia. Leamos esta palabra al pie de la letra. Enciclopedia es poner el saber (Paideia) en ciclo (kiclos).» Ibáñez, Jesús. Presentación. En: Reyes, Román (director) *Terminología Científico-Social (Anexo)*. Barcelona, Anthropos, 1991, p. 7.

⁷ SOBOUL, ALBERT: *La Enciclopedia: Historia y Textos*. Barcelona, Crítica, 1988, p. 9.

⁸ RETAT, PIERRE: *L'age des dictionnaires. En Histoire de l'édition française. vol II: le livre triomphant (1660-1830)*. París, Promodis, 19, p. 193.

⁹ Citado por VENTURI, FRANCO: *Los orígenes de la Enciclopedia*. Barcelona, Crítica, 1980, p. 48.

taba con tan solo 2 volúmenes, sino que cambió su misma estructura inicial en provecho de una nueva concepción del saber y en beneficio de las nuevas disciplinas y técnicas que surgían por entonces.

La Enciclopedia constituirá un auténtico revulsivo en medio de un mundo dominado por el inmovilismo y la tradición, convirtiéndose en el instrumento idóneo para canalizar las inquietudes y aspiraciones de los sectores más reformistas del Antiguo Régimen, adquiriendo por lo tanto el carácter de ariete ideológico. Como tal fue repetidamente perseguida y atacada no sólo en Francia sino en otros países como España, donde en 1759 la prohíbe la Inquisición, aunque en 1755 Campomanes hubiera aconsejado que se tradujesen algunos artículos de la misma que versaban sobre artes y oficios¹⁰.

Pero la *Encyclopedie* además de su indudable valor desde el punto de vista político e ideológico, también lo tuvo desde una perspectiva puramente técnica, pues, como exponíamos anteriormente, en ella se fijan definitivamente las características de la enciclopedia moderna. Veamos algunas de ellas glosadas, principalmente, por sus propios artífices, cuando explican el alcance y objetivos de la obra en el *Discours Preliminaire* d'Alembert y en el artículo que el propio Diderot dedica a la Enciclopedia, en la *Encyclopedie*¹¹.

La primera nueva característica será la constitución de una dirección autorizada y un equipo cualificado de redactores. A partir de la *Encyclopedie* queda meridianamente claro que, para una obra de esta naturaleza, era imprescindible no sólo la intervención que pudiera supervisar la cobertura y contenido de cada área de conocimiento.

Diderot es consciente desde el primer momento de estas exigencias, y cuando se le confía la dirección de la empresa descarta taxativamente la posibilidad de que una sola persona pudiera asumir la responsabilidad del proyecto. Así lo expresa en su artículo:

¹⁰ HERR, RICHARD: *España y la revolución del siglo XVIII*. Madrid, Aguilar, 1988, p. 36. Esta reverberación de la Enciclopedia como libro prohibido permanece en las evocaciones históricas contemporáneas como por ejemplo en la última novela de Antonio Cascales en la que, junto con otros libros réprobos la Enciclopedia de Diderot y d'Alembert conforma la solería del Archivo de la Inquisición dándose «utilidad y destino a tanto libro condenable que, de este modo, aunque salvados de las llamas según la triste moda de tibieza que imponía el monarca, purgaban el destrozo que habían dejado en las conciencias formando un piso seco y liso en toda aquella estancia...» Cascales, Antonio: *Crónica londinense del rodo Blanco White*. Salamanca, Anaya & Mario Muchnick, 1994, p. 126-127.

¹¹ Las citas que hacen alusión a estos textos las hemos tomado de las obras: D'Alembert, Jean: *Discurso preliminar de la Enciclopedia*. Madrid, Sarpe, 1985; Lough, J. (ed.): *Diderot-D'Alembert: La Enciclopedia (Selección)*, Madrid, Guadarrama, 1974, y de la edición facsímil realizada por Franco María Ricci de la *Encyclopedie* publicada en Parma entre 1970 y 1979.

«Cuando llega a considerarse la inmensa materia de una enciclopedia, lo único que se advierte claramente es que no puede ser obra de un solo hombre. ¿Cómo un sólo hombre, en el breve espacio de su vida, conseguiría conocer y desarrollar el sistema universal de la naturaleza y el arte?», y más adelante «la Enciclopedia es obra que únicamente podrá llevar a cabo una sociedad de gentes de letras y artistas dispersos, ocupados cada uno de su parte y sólo vinculados por el interés general del género humano»¹².

En el mismo sentido se expresa d'Alembert en las páginas iniciales de su discurso preliminar:

«Declaramos, dice, que no hemos incurrido en la temeridad de asumir solos un peso tan superior a nuestras fuerzas, y que nuestra función de editores consiste principalmente en poner en orden materiales cuya parte más considerable nos ha sido suministrada...»¹³.

Pero para Diderot y d'Alembert no se trataba solo de contar con el concurso de las prestigiosas plumas del momento, sino de que, y este es otro de los elementos novedosos, cada autor tuviera absoluta libertad para escribir con su particular estilo y criterio responsabilizándose mediante la firma de las opiniones vertidas. Así lo manifiesta d'Alembert para quien

«Las diferentes plumas que hemos empleado han puesto en cada artículo el sello de su particular estilo, así como el propio de la materia y del objeto de cada parte».

y prosigue este autor,

«Un procedimiento de química no requiere el mismo tono que la descripción de los baños y de los teatros antiguos, ni las manipulaciones de un cerrajero pueden exponerse como las investigaciones de un teólogo sobre punto de dogma o disciplina. Cada cosa tiene su colorido, y sería confundir los géneros reducirlos a una cierta uniformidad»¹⁴.

¹² LOUGH, J. (ed.): Diderot-D'Alembert: La Enciclopedia (Selección). Madrid, Guadarrama, 1974, p. 70; 73. El artículo original de Diderot se puede consultar en: *Encyclopedie ou dictionnaire raisonne des sciences, des arts et des metiers* [...]. Ed. facsímil a cargo de Franco Maria Ricci. Parma, Ricci, 1970-1979. Vol. 14, Textes (CHA-ESP), E-99-127.

¹³ D'ALEMBERT, JEAN: *Discurso preliminar de la Enciclopedia*. Madrid, Sarpe, 1985, p. 37.

¹⁴ D'ALEMBERT, JEAN: *Op. cit.*, p. 140.

Diderot, por su parte, en las conclusiones del artículo «enciclopedia» señala que:

«Un trabajador que se atreve a pedir que su nombre no figura al final de uno de sus artículos, confiesa que lo encuentra mal hecho o al menos indigno de él»¹⁵.

con lo que implícitamente está subrayando la política de responsabilización que había de subyacer en cada una de las contribuciones.

Así 2/3 partes de los artículos de la *Encyclopedie* aparecen firmados, la mayoría de ellos por Diderot, que lo hace con el mencionado asterisco, por d'Alembert, que lo hace con una O, y por el caballero de Jaucourt, que lo hace con una D.J., y del que opinaba Diderot muy expresivamente:

«No teman que se hastíe de moler artículos: para eso lo hizo Dios»¹⁶.

Otro aspecto que le confiere su carácter de modernidad a la *Encyclopedie* es la clasificación de los conocimientos, lo que permite un plan orgánico de trabajo, aun cuando la ordenación definitiva sea la alfabética.

Diderot había establecido como el objetivo normativo de la *Encyclopedie* el de reunir los conocimientos dispersos por la faz de la tierra, exponer un sistema general a los hombres del presente y transmitírselos a los futuros, a fin de que los trabajos de los siglos anteriores no fueran desconocidos para los futuros.

Hecho este planteamiento la cuestión que más interesó a d'Alembert y Diderot fue la de como articular los distintos conocimientos humanos. De forma sinóptica, el final del *Discurso preliminar* contiene una «explicación detallada del sistema de los conocimientos humanos» a la que sigue «el sistema general de los conocimientos humanos, según el canciller Bacon» que d'Alembert incluyó como elemento de contraste debido a las imputaciones que se le formularon de plagio.

D'Alembert después de afirmar, siguiendo las huellas de Locke, que todos nuestros conocimientos proceden de los sentidos y que el paso de la sensación a los objetos externos no es fruto de un razonamiento, sino de «una especie de instinto, más seguro que la misma razón», distingue con Bacon tres modos diversos de obrar sobre los objetos del pensamiento: la *memoria*, la *razón* y la *imaginación*. Así como la memoria es la conservación pasiva y mecánica de los acontecimientos, la razón consiste en el ejercicio de las reflexiones sobre los mismos y la imaginación en su imitación libre y crea-

¹⁵ DIDEROT: *Enciclopedia*. En: Lough, J. (ed.). *Op. cit.* p. 92.

¹⁶ SOBOUL, ALBERT: *La Enciclopedia: Historia y Textos*. Barcelona, Crítica, 1988, p. 27.

dora. A estas tres facultades corresponden las tres ramas fundamentales de la ciencia: la historia, que se funda en la *memoria*; la *filosofía*, que es el *fruto de la razón*, y la *poesía* que nace de la *imaginación*¹⁷. D'Alembert reconoce que su deuda con Bacon, aunque matizada, cuando afirma «declaramos aquí que debemos principalmente al canciller Bacon el árbol enciclopédico... pero no hemos creído que debíamos seguir punto por punto al gran hombre que reconocemos aquí como nuestro maestro»¹⁸, reconocimiento que es matizado inmediatamente después marcando sus diferencias:

«No basta, señala d'Alembert, con examinar solamente si se habla de las mismas cosas; hay que ver también si la ordenación es la misma. Todos los árboles enciclopédicos se parecen necesariamente por la materia; sólo el orden y la distribución de las ramas pueden distinguirlos...»

Manifiesta igualmente su deuda con Descartes, Newton y Locke.

En el núcleo de la articulación del saber que se efectúa para la *encyclopedie* se encuentra siempre el hombre, llevando a su culminación el ideal humanista que aparece en el siglo XVI, así lo expresa Diderot cuando escribe:

«La presencia del hombre es la que da interés a la existencia de los seres. ¿Puede uno proponerse algo mejor en la historia de estos seres que someterse a esta consideración? ¿Por qué no habíamos de hacer de él un centro común? ¿Hay en el espacio infinito algún punto del que podamos con mayores ventajas hacer que partan las líneas inmensas que nos proponemos extender a todos los demás puntos? ...he aquí lo que nos ha determinado a buscar en las facultades principales del hombre la división general a la que hemos subordinado nuestro trabajo»¹⁹.

Pero lo que ahora nos interesa saber es cómo se trasfiere el orden del saber al orden enciclopédico, como se afina en la enciclopedia esta concepción del saber humano. La novedad que aportan Diderot y d'Alembert será la conciliación del carácter sistemático de su esquema conceptual con la disposición alfabética, con lo cual se aspiraba a reunir el saber de la época dentro de unos criterios de totalidad y organicidad, dentro de la distribución alfabética.

Diderot y d'Alembert justifican la elección del orden alfabético en vir-

¹⁷ D'ALEMBERT, JEAN: *Op. cit.* p. 79.

¹⁸ D'ALEMBERT, JEAN: *Op. cit.* p. 105.

¹⁹ DIDEROT: *Enciclopedia*. En: Lough, J. (ed.). *Op. cit.* p. 82.

tud de la facilidad de consulta que reportaría el mismo para los lectores. Explica d'Alembert:

«Si hubiéramos tratado de todas las ciencias separadamente, haciendo de cada una un diccionario particular, no sólo hubiera tenido lugar en esta nueva clasificación el supuesto desorden de la sucesión alfabética, sino que semejante método habría estado sujeto a inconvenientes considerables por el gran número de palabras comunes a diferentes ciencias, y que hubiera sido preciso repetir varias veces o colocarlas al azar. Por otra parte, si hubiéramos tratado cada ciencia separadamente y en una sucesión conforme al orden de las ideas y no al de las palabras, la forma de esta obra habría sido aún menos cómoda para el mayor número de nuestros lectores, que hubieran tenido gran dificultad para encontrar algo en esta disposición. El orden enciclopédico de las ciencias y de las artes hubiera ganado poco, y el orden enciclopédico de las palabras, o más bien de los objetos por los que las ciencias se comunican y se tocan, hubiera perdido muchísimo. En cambio, nada más fácil en el orden que hemos seguido que satisfacer al uno y al otro, como hemos explicado antes»²⁰.

Esta larga cita es bastante ilustrativa de los fundados razonamientos que alegaba d'Alembert para justificar sus posturas.

Se podrá decir que esta era la pretensión de Chambers en el momento de editar su *Cyclopaedia*, y es cierto, pero, como advirtió Diderot en el *Prospectus* de la *Encyclopedie* que se publicó en 1750, la obra de Chambers presentaba numerosas deficiencias que al criterio de los directores de la Enciclopedia, no era imputables a un defecto de forma, a una carencia editorial, sino que estaba íntimamente ligada a un fracaso de la voluntad de sistematicidad:

«no se trata aquí de conjeturas, indica d'Alembert, hemos tenido ante los ojos la traducción de Chambers y hemos hallado en él una cantidad prodigiosa de cosas a faltar en las ciencias; en las artes liberales, una palabra donde se requerían páginas, y todo faltaba en las artes mecánicas...»²¹.

Los enciclopedistas toman de Chambers, y de los diccionarios que todavía circulaban con profusión en la época, la disposición alfabética, pero la abordan desde una consideración totalmente orgánica. De tal manera que aunque, como afirma Salsano, el orden alfabético rompe con

²⁰ D'ALEMBERT, JEAN: *Op. cit.* p. 137; 138.

²¹ D'ALEMBERT, JEAN: *Op. cit.* p. 135.

una ontología enseñable y hace triunfar el orden empírico y no lógico del saber²², Diderot y d'Alembert restituyen la estructura del conocimiento rota por la dispersión arbitraria de la ordenación alfabética, mediante el recurso a un expediente que quedará como uno de los cimientos del enciclopedia moderno: el encadenamiento de los conocimientos a través de las referencias o llamadas.

Diderot distingue tres tipos de llamadas²³. Las primeras son las denominadas *llamadas de cosas*. Según Diderot estas sirven para aclarar el objeto, indicando las vinculaciones próximas con las que a ellas inmediatamente se refieren y sus vinculaciones remotas con otras que se podrían creer aisladas: recordando las nociones comunes y los principios análogos, y entrelazando la rama y el tronco²⁴ dando al todo, según sus palabras

«esa unidad tan favorable a la fijación de la verdad y la persuasión». Pero estas referencias no estriban únicamente en la analogía, sino también en el contraste y la antítesis, indica Diderot: «pero cuando sea preciso producirán también el efecto del todo opuesto; opondrán las nociones; contratarán los principios; atacarán, quebrantarán, darán secretamente la vuelta a algunas opiniones ridículas a las que no se osaría insultar abiertamente».

El segundo tipo de llamadas es lo que denomina las *llamadas de palabras*. La función de las mismas es la de remitir para la definición de un término a aquella parte de la enciclopedia donde se haya desarrollado con objeto de no tener que repetir la misma definición cada vez que aparezca. Lo expresa así Diderot:

«Cada ciencia, cada arte tiene su lenguaje. ¿A dónde iríamos a parar si cada vez que se emplea un término de arte hiciera falta en

²² SALSANO, ALFREDO: *Encyclopédies et encyclopedisme aujourd'hui*. En: *Encyclopaedia Universalis*. Symposium: les chemins de savoir, p. 560.

²³ DIDEROT: *Enciclopedia*. En: Lough, J. (ed.). *Op. cit.* p. 84-87.

²⁴ Un ejemplo de este tipo de llamadas lo podemos encontrar en el artículo Caracteres d'Imprimerie. En: *Encyclopedie ou dictionnaire raisonne des sciences, des arts et des metiers* [...]. Ed. facsimil a cargo de Franco Maria Ricci. Parma, Ricci, 1970-1979. Vol. 13, Textes (A-CER), C-37-53. Presenta abundantes remisiones no sólo al cuerpo de textos de la obra: Voyez Encre, Imprimerie et Presse, forme italique, etc., sino también a los volúmenes de planchas sin los cuales no es posible entender un artículo cuyo soporte argumental remite indefectiblemente a la ilustración. Así en este que hemos tomado como ejemplo encontramos continuas remisiones al volumen correspondiente a las ilustraciones que llevan por título genérico: Fonderie de Caracteres d'Imprimerie (En el volumen 2 de planchas: Recueil de planches sur les Sciences, les Arts liberaux, et les arts mechaniques avec leur explications. Second livraison), en donde encontramos un exhaustivo texto explicativo de las 5 planchas y 120 figuras distribuidas en 8 láminas.

beneficio de la claridad repetir su definición? ¿Cuántas definiciones! ¿Y puede dudarse de que tantas digresiones y paréntesis, tantas extensiones no oscurecerían la obra?»

El tercer tipo son las llamadas que llama *satíricas o epigramáticas*, con las que se pretenden criticar ciertas ridiculeces y prejuicios, aunque el propio Diderot advierte que desaprueba su utilización profusa, ya que ello podría convertir la obra en una bufonada, aunque implícitamente admite que es un recurso necesario, dada la imposibilidad de abordar algunas cuestiones directamente: «Bien pensado, preferiría que se dijera la verdad sin rodeos». Un ejemplo de este tipo de llamadas es la que se encuentra en el artículo *Franciscano*, en el que después de un detallado elogio de esta orden se remite a la palabra *Capuchón*, en donde se relata la ridícula querrela que dividió a los Franciscanos en dos facciones: los hermanos espirituales y los hermanos de la comunidad. Unos querían el capuchón estrecho, y los otros lo querían ancho. Disputa que duró cuatro siglos y que se resolvió con las bulas de cuatro Papas.

Este último episodio de referencias junto con la variante del primero, aquella que utilizaba el contraste y la antítesis en lugar de la analogía, revisiten un carácter corrosivo con respecto al orden establecido, constituyendo como señala Yvon Belaval²⁵, una suerte de Caballo de Troya, mediante el cual la crítica a la religión o al poder se descubre bajo las palabras más imprevistas, camuflándose en los reenvíos epigramáticos. Así ocurre en el mencionado artículo *Capuchón* en cuya parte final podemos leer un elogio a la filosofía de las luces que Diderot pone en boca de un Franciscano:

«Si esperásemos a que la sana filosofía, cuyas luces se expanden por todas partes hubiera penetrado un poco más en nuestro claustro, quizá hallásemos entonces las fantasías de nuestro doctor tan ridículas como las cabezonadas de nuestros antecesores acerca de la medida de nuestro capuchón»²⁶.

Si no se pudo abordar directamente un tema se le aborda indirectamente en otros artículos, gracias al subterfugio antes mencionado. En artículos aparentemente anodinos encontramos mediante este artificio aceras críticas contra la superstición y el orden establecido.

Pero al margen del cáustico empleo que desarrollan los enciclopedistas de las referencias lo auténticamente significativo es que a partir de entonces se configura uno de los rasgos definitorios de la enciclopedia moderna,

²⁵ BELAVAL, YVON: *L'Encyclopédie de Diderot*. En: Encyclopaedia Universalis, Corpus. vol. 6, p. 1014.

²⁶ LOUGH, J. (ed.): *Op. cit.* p. 48.

que se define, como señala Julián Marías, no tanto por su contenido, sino por su estructura, por la existencia de un delicado sistema de tendones y nervios que es el aparato de referencias. *Una enciclopedia*, expresa el pensador, *es un sistema de acceso al mundo del saber, que permite circular cerca de él*²⁷. Concepción no muy alejada de la expuesta por d'Alembert mediante la metáfora del mapamundi que utiliza para representar las ramas generales de los conocimientos humanos:

«una especie de mapamundi que debe mostrar los principales países, su posición y su dependencia mútua, el camino en línea recta que hay de uno a otro, camino muchas veces ocupado por mil obstáculos que sólo pueden conocer en cada país los habitantes y que sólo pueden ser mostrados en mapas particulares muy detallados. Estos mapas particulares serán los diferentes artículos de la enciclopedia...»²⁸.

Siguiendo con la analogía Marías sugiere sustituir el significado de la palabra enciclopedia: educación en círculo, por el de circulación, puesto que la enciclopedia permitiría moverse dentro de esa zona de la realidad superpuesta a las demás constituida por los saberes acerca de todas las cosas, pudiéndose ir indica el pensador *«de atrás hacia adelante, iniciar diversas trayectorias, explorar, descubrir, establecer conexiones...»*²⁹.

Una invocación similar realiza Jacques Bersani en su introducción a la *Encyclopaedia Universalis*, en la que, tomando como referencia a Diderot y su afición por la exploración, la búsqueda itinerante, por el encadenamiento de conocimientos en lugar de la acumulación, subraya: «si la enciclopedia es ante todo encadenamiento parece evidente que su función sea la de procurar unas vías de circulación en red en la masa del saber». Extrapola el concepto de enciclopedia a la noción de Campo que desarrolla la Física, en la medida en que se constatan en la misma unas direcciones privilegiadas, unas localizaciones y unas focalizaciones, casi naturales en el interior de la obra debidas precisamente a su estructura de campo³⁰.

Es preciso retener esta característica como el eje de articulación de la enciclopedia contemporánea y uno de los hallazgos más felices de los enciclopedistas. Estructura gracias a la cual se produce una fluida relación dialéctica entre los artículos que configuran lo que Alain Rey denomina la microestructura de la misma, y el plan global representado por la macro-

²⁷ MARIAS, JULIÁN: *Prólogo general*. En: Gran Enciclopedia del Mundo. Bilbao, Durvan, 1969, vol. 1, p. 47.

²⁸ D'ALEMBERT, JEAN: *Op. cit.* p. 76.

²⁹ MARIAS, JULIÁN: *Op. cit.* p. 48.

³⁰ *Introducción General: au lecteur*. Encyclopaedia Universalis, vol. 1, p. XIII-XIV.

estructura, relación que se establece fundamentalmente a través de las referencias cruzadas, cuadros de clasificación, e índices³¹.

La fijación de esta característica que ha prevalecido hasta nuestros días, su éxito, radica en la creciente importancia que va adquiriendo la enciclopedia como herramienta informativa, lo cual implica una relación de consulta con el usuario más que una relación de lectura. En realidad, como señala Salsano, no se trata sino de un desarrollo ulterior de la metáfora del mapa y el laberinto, expuestos en el *Discours*, pero acentuando los aspectos de fluctuación y descentralización, y posibilitando por lo tanto una libre combinatoria de los artículos a través, e incluso gracias, al orden alfabético³².

Finalmente otra de las importantes aportaciones de la *Encyclopedie* es el rico cuerpo de ilustraciones que, en volúmenes separados sirve para ilustrar, aunque indirectamente los textos. Las ilustraciones no eran nuevas en la historia del enciclopedismo remontándose a la Edad Media, aunque en esta época tenían un carácter casi decorativo y con escasa relación con el texto que acompañan, pero es en la *Encyclopedie* donde estas adquieren un carácter de auténtico dinamismo sirviendo como complemento y a veces como sustituto de la parte textual de la enciclopedia.

Los enciclopedistas en todo momento son conscientes del papel que juegan las ilustraciones en sus propósitos didácticos y demostrativos, de tal manera que sobreponiéndose a experiencias previas destierran de sus planes cualquier pretensión puramente estética o decorativa para que prevalezcan criterios estrictamente científicos. Esta voluntad fuertemente selectiva en la elección de los gravados se inspira en los principios subyacentes de actualidad y operatividad que alientan toda la obra. Así se desprende de las palabras del propio Diderot: «A pesar del prodigioso número de figuras que la llenan, hemos tenido el cuidado de no admitir ninguna que no representase una máquina actual y activa en la sociedad», y más adelante: «Nada hay aquí de superfluo, de pasado, de ideal: todo está en acción y vivo»³³. Una muestra de este interés de los enciclopedistas, y concretamente de Diderot que es quien supervisa el trabajo de publicación de las mismas, por la fiabilidad de sus ilustraciones lo pone de manifiesto Adhemar, quien recoge testimonios del interés personal de Diderot visitando los talleres de aquellos oficios cuyas técnicas iban a ser representadas, requiriendo nombres, explicaciones y todo tipo de aclaraciones acerca del uso del instrumental³⁴.

³¹ REY, ALAIN: *Enciclopedias y diccionarios*. Mexico, Fondo de Cultura Económica, 1988, p. 38.

³² SALSANO, ALFREDO: *Op. cit.*, p. 565.

³³ DIDEROT: *Enciclopedia*. En: Lough, J. (ed.). *Op. cit.*, p. 93.

³⁴ ADHEMAR, JEAN: *Les illustrations*. En: *Encyclopedie ou dictionnaire raisonne des sciences, des arts et des metiers [...]*. Ed. facsimil a cargo de Franco Maria Ricci. Parma, Ricci, 1970-1979. Vol. 18: *Essais et notes sur L'Encyclopedie de Diderot et d'Alembert*, p. 22.

La distribución alfabética se mantiene en los volúmenes de láminas, pero el sistema de información aparece jerarquizado en varios niveles, lo cual, aunque aparentemente le confiere una mayor complejidad a la consulta le otorga una insólita eficacia y precisión a la misma. Cada volumen se abre con una relación alfabética de las planchas que se incluyen en el mismo, con una descripción sumaria de las mismas que permite reconocerlas. A continuación se restituye la dispersión que conlleva toda distribución alfabética, reagrupando las planchas en una clasificación temática por oficios, profesiones o disciplinas como Química o cirugía. Posteriormente, figuran las láminas, cada grupo de ellas precedido por un cuadro sinóptico con la descripción detallada de cada una de ellas. A este cuadro remiten las indicaciones alfabéticas o numéricas que encontramos en cada lámina.

La importancia cuantitativa de los volúmenes de láminas además de poner de manifiesto la importancia concedida a estas por los enciclopedistas, «una mirada sobre el objeto o su representación dirá mucho más que una página de discursos»³⁵ dirán, anticipan el fenómeno, ya generalizado en nuestros días, sobre todo en obras de carácter pedagógico, por el que la imagen acaba imponiéndose sobre el texto instaurándose en referente del mismo, e invirtiendo por lo tanto el plano de relación³⁶.

La relación de los volúmenes de láminas con el texto propiamente dicho no es directa, sino que se efectúa a través del mecanismo interpuesto de los cuadros sinópticos, comentarios explicativos y leyendas cuya función conectiva icónico-lingüística refuerza esta circularidad simbólica imagen-texto.

A partir de la *Encyclopédie* la forma de la enciclopedia moderna queda pues fijada. Desde entonces esta ha sufrido transformaciones, en ocasiones considerables, pero dentro de lo que Salsano califica como una invarianza esencial³⁷, que radica tanto en los presupuestos como en la función que desempeñan las enciclopedias: la de la transmisión de una totalización del saber en un momento dado.

Pero invarianza no equivale a inmovilismo y la fórmula enciclopédica ha sufrido transformaciones en la misma medida en que evolucionaba y se modificaba la dinámica de la historia, incorporando sus cri-

³⁵ ADHEMAR, JEAN: *Op. cit.*, p. 21.

³⁶ Vidal Beneyto pone de manifiesto esta progresión señalando como mientras que el espacio gráfico estabiliza o disminuye su riqueza expresiva, las potencialidades de lo icónico, en su doble dimensión simbólica y efectiva van aumentando progresivamente. (Vidal Beneyto, José. En: El libro en la cultura de los años 80; mesa redonda. Salamanca, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1984, p. 69.)

³⁷ SALSANO, ALFREDO: *Op. cit.*, p. 560.

2. HACIA UN NUEVO PARADIGMA

Este era el panorama, ciertamente tranquilo en el que se desolvía el mundo de las enciclopedias, aderezado de circuitos editoriales sabiamente consolidados, de prácticas de venta y distribución largamente contrastadas, de discursos propagandísticos exhaustivamente reiterados, cuando, súbitamente, casi inadvertidamente, hace irrupción una nueva tecnología que prácticamente está arrinconando en el baúl de los recuerdos las enciclopedias tradicionales y su entrañable imagen multicolor en los anaqueles de bibliotecas y en los más diversos espacios domésticos. Cuando se había logrado crear un producto que contaba no solamente con una gran aquiescencia social, sino también con un instantáneo reconocimiento estético-formal, cuando la aspiración de todo fabricante o industrial se había logrado cumplidamente, esto crear una imagen de marca, polifacética en tanto que son muchas las editoriales dedicadas al complejo y atractivo mundo de las obras enciclopédicas, pero uniforme, profundamente imbricada en los sistemas de socialización del conocimiento y en la lengua y el habla convencional, surge un fenómeno que quebranta este calmo y asentado universo, circunstancialmente alterado por irrelevantes experiencias editoriales que planteaban como innovación fórmulas decimonónicas como la venta por entregas, en un intento más ilusorio que real de renovar un panorama más próximo al inmovilismo autosatisfecho que a la inquietud creadora... Como en todas las revoluciones asistimos al nacimiento de un nuevo paradigma, de un nuevo modelo, de características similares, de importancia equiparable al que en su día supuso la aparición de la imprenta, de una revolución en suma que afectará a los hábitos de comportamiento y sobre todo a los modos de percibir la realidad, como ocurre con toda modificación o innovación operada en los sistemas de representación y transmisión del conocimiento.

Nos estamos refiriendo a la llamada revolución de la tecnología multimedia directamente implicada en la más grande remoción de la concepción enciclopédica desde las innovaciones introducidas por Diderot y d'Alembert. Un fenómeno en el que la metáfora del laberinto arbitrada por los enciclopedistas se encarna en sistemas de recuperación como el hipertextos o, más modernamente los hipermedias, que abren unos horizontes totalmente desconocidos a la forma enciclopédica que, indudablemente, no desaparecerá, mientras no desaparezca el afán de síntesis, la necesidad de contemplar reunidos los avances y retrocesos, los aciertos y retos pendientes que constituyen la historia de la humanidad. Que estas representaciones se elaboren en un soporte o en otro es relativamente indiferente, mientras perviva la razón sustancial que ha alentado a las enciclopedias desde su aparición, al menos en su moderna configuración desde el siglo XVIII, es decir, mientras subsista la pretensión eminentemente

informativa, y también didáctica de un discurso que mejorado por las innovaciones tecnológicas de los últimos años, facilitará su difusión y, presumiblemente su capacidad de seducción, convirtiendo, ocasionalmente ardua la tarea de su consulta en una experiencia cercana a ese voluptuoso placer que decía experimentar Borges cuando leía la enciclopedia Británica o a ese entusiasmo ensimismado con que los más jóvenes manipulan sus videojuegos. La enciclopedia abandonará su manifiesta prepotencia física, para resguardarse en el espacio simbólico de un CD-ROM, menos ostentoso pero más sugerente y sorpresivo, en donde su reducido espacio no obvia su paradójica y sorprendente capacidad informativa.